

Flora Tristán.

Descubrir a la mujer peruana a través de la literatura es encontrarnos con su perfil en la propia obra que ha ido gestando en el transcurrir de nuestra historia. Es reproducir su ambiente. Porque resistencias, apartes o reacciones contra el medio que se produjeron a veces en ella, no vienen a ser sino expresiones claras de lo mismo que quería destruir. Las que lucharon contra su círculo, las que intentaron desplazarse de él o las que creyeron estar por encima de su misma realidad no hacían otra cosa que presentarla a ésta, intentando, a lo más, adaptarla a sus deseos, pero reflejándola siempre. Con la incisión quedó la imagen reproducida.

La Colonia ostenta el maravilloso ejemplo de Amarilis —leyendera figura cuyos versos se unen al inmortal nombre de Lope de Vega, en su “Filomena”— que a pesar de la trascendencia latinista y del perfume de góticas capillas, nos dió el paisaje de su tierra en su poema a Belardo.

“En este imperio oculto que el Sur baña,
más de Baco piadoso que de Alcides,
entre un trópico frío y otro ardiente.....”

Y María Carrillo de Andrade, Sor Rosa Corvalán, Sor Juana de Herrera, Sor Violante de Cisneros, ecos del inte-

lectualismo gongoriano dentro de moldes ya académicos —barroquismo en función de escuela— con fría repetición de formas que no responden al parecer a un mundo nuevo— donde todo sentimiento es poco— reflejaron, sin embargo, el alma criolla del siglo XVIII, entre las frutas sabrosas de las huertas de convento y los suspiros virginales.

Pero, por encima de ellas, la personalidad literaria del mundo femenino de la Colonia es la Perricholi. Sin quererlo, ha escrito las páginas más definidas del mundo virreinal de Lima, lleno de frivolidad, con esencia de cuento permanente, que oscila entre la cortesanía y el convento. Mujeres sin contenido moral preciso y con talento innegable que cumplían con hacerse amar y con dejarse regalar. Mujeres de rejas adentro, como la española —centro y solución de todos los problemas del hombre— pero con una rebeldía india para el señor que es “godo” y que guarda linaje. Rebeldía en la intención, en la picardía, en la lisura, en el gesto desenfadado. Todo dentro de una consiguiente superficialidad, como sin sentirlo. Micaela Villegas es esto y así resulta el nombre de más vasta resonancia en nuestro mundo tradicional. Ya lo ha dicho Jorge Basadre en “Perú: Problema y Posibilidad”. Sobre ella escribieron los nuestros y los que se acercaron a nuestra cultura para estudiarla: Radiguet, Hall; más tarde Merimée y Wilder. La Perricholi es la mujer criolla del Perú, en el momento mismo de su conocimiento exacto. Es la misma limeña —limeñísima— que relata Flora Tristán en “Peregrinaciones de una Paria”, con tan minuciosos detalles, con tanta admiración y con tanto sentido crítico, sin embargo. Sensualidad, tropicalismo moderado, ondulante. No reacción intelectual sino sensible. Algo de lascivia gatuna y de encanto ingenuo.

Esta mujer va desdoblándose a través de la República. Y surge del fondo mismo de la serranía doña Pancha Zu-

biaga. Más tarde: las literatas del siglo XIX. Han conservado el encanto, el donaire, el atractivo, pero han pasado de ser contempladas a seres actuantes y su reacción lleva ya clara la rebeldía. Al principio con un esforzado sentimiento femenino de ternura: Carolina Freire, Manuela Villarán. Luego con una desenvuelta afirmación política y social: Mercedes Cabello, Clorinda Matto. María Nieves Bustamante. Superando prejuicios una vez, alimentándolos otras, pero con señera intención. Y buscando un mundo distinto donde ubicarse.

Francisca Zubiaga de Gamarra, "La Mariscala", es la mujer en la política convulsionada y anarquizada de los primeros años de la República, que marca una línea de acción. Época de dictaduras militares, de pronunciamientos, de luchas de generales improvisados y de caudillos ambiciosos. En esos años, ella se constituye en personaje central. Gobierna y preside el círculo militarista de Gamarra. Tiene gran talento y una voluntad férrea. La marea y la tienta el poder. Sobreponiéndose a sus ataques de epilepsia, se le ve aparecer triunfante, abofeteando a los lenguaraces que presumían de ser sus amantes. Muchos han estudiado la personalidad de la Mariscala, desde el pasado siglo hasta Mariátegui, Valdelomar, Lastres, Miró, que han contribuido en éste a descubrir las facetas de Pancha Zubiaga, muerta en el destierro con los ojos puestos desde lejos y acuciosamente en la Presidencia de la República, que ella ejerciera en realidad. Quien primero recogió ese espíritu semiheroico, semi-teatral de "La Mariscala", fué precisamente una mujer: Flora Tristán, con una especie de paladeo sensual, como quien pretende recoger una herencia.

UBICACION DE FLORA TRISTAN.

Ajeno al fenómeno mismo de su nacionalidad, el recuerdo que se haga de Flora Tristán debe presentarnos sus dos aspectos: la escritora y la combatiente. Como escritora, el valor de sus obras se basa en la observación cruda, a veces apasionada de la realidad. Como combatiente, sueña con una liberación económica de las grandes mayorías y se espanta de la miseria, de la infelicidad, que no es producto de un país o de una nación, sino que prende en todos los trópicos, al borde de todas las calles, junto a todos los caminos.

Y observando detalladamente los cuadros y sugestionándose con la idea de que ella podía trabajar por la superación del estado social de su época, Flora Tristán realiza una interesante trayectoria cuya ejecución es preciso relatar.

Si dentro de cualquiera latitud cabe ese recuerdo de Flora Tristán, dentro de nosotros es imperativo porque su vida y su obra tienen raíces hondas en el Perú.

Flora Tristán — es cierto — no pertenece a nuestra Literatura por el lenguaje de sus escritos, ni por el azar de su nacimiento. Pero debemos sentirla peruana, ya que no por su filiación, por su sensibilidad para percatarse del medio nuestro en el poco tiempo que estuvo en América; peruana en el constante y dormitado deseo de ser una "mariscala", como aquella doña Francisca Zubiaga que conociera tan en visión de ocaso, a bordo del barco que la llevaba a Chile, desengañada de los hombres, pero no dominados sus impulsos de mando, su carácter de criolla luchadora, indomeñable como las propias cadenas de montañas que se levantaban sobre los horizontes chatos del mar. Peruana porque ella quiso serlo alguna vez, pese a sus reniegos y a su intolerancia para comprender nuestros defectos.

Nació en París el 7 de abril de 1803. Su padre fué don Mariano Tristán, criollo arequipeño, hermano de don Pío, que fuera Virrey transitorio; Jefe de Estado, también provisional, en la República; Prefecto de Arequipa, etc... Su parentesco con los Goyeneche, los Flores, los Althaus, la entroncan definitivamente al Perú. Además desciende, por la rama de los Moscoso, de Francisco de Borja, aquel virrey poeta, de sonetos, epigramas y desengaños en redondillas.

¿Quién os dijo, penas mías,
que estoy triste y descontento?
Que para tan breves días,
ni ya las tristezas siento,
ni busco las alegrías.

Y también de Moctezuma, gloriosa estirpe de raíces hondas en el suelo americano. La tradición y el destino la unían a la historia del Continente, con una entonación de muerte y un resonar de armas en la sangre.

Un sacerdote católico emigrado de Francia a España bendijo el matrimonio de Mariano Tristán y de Teresa Leysne, también escapada del suelo francés y Flora Tristán ha de ser negada como hija legítima —a la hora de su reconocimiento como heredera— por los parientes “peruvianos”, ya que no consta la partida de ese matrimonio. En el propio problema de su nacimiento y de su herencia nace para ella el primer punto en la inquietante defensa de los seres menos favorecidos dentro de la injusticia social.

La fortuna paterna se pierde primero en la confiscación hecha por el Gobierno inglés de los bienes franceses, en las guerras contra Napoleón; y después en el hundimiento del navío Minerva, portador de algunas riquezas suyas. Don Mariano Tristán continúa sin embargo manteniendo una posición espectable gracias a sus antecedentes y a su espíritu

luchador. Liberal, se ve rodeado por los elementos que en Europa vislumbran la emancipación americana; Rodríguez y su discípulo Bolívar acuden a su casa. Flora, muy pequeña, ve de cerca la magra figura del que ha de ser el Libertador, unas veces abatido, otras exaltado, y más tarde converge hacia la palabra libertad con el recuerdo de esos gestos que anunciaban ya rotura de privilegios, abdicación de compromisos de dependencia.

AÑOS DE VER.

Flora se halla aún en la infancia cuando muere el padre y Teresa Laysne, abandonada —mejor dicho: desconocida— por la familia de su esposo, se encuentra en la miseria en un barrio de maleantes y mujeres de mal vivir. Defiende a dentelladas la presa que acecha primero la muerte y más tarde el apegito sensual de los vecinos. Y para librarla de los últimos inclina a casarse a Flora con André Chazal, un grabador, cuyo hermano era Inspector del Jardín Botánico de París. ~~Submatrimonio~~ Jorge Puccinalli Converse es un fracaso y una definitiva desilusión sentimental. Sensibilidad refinada y ensueños aristocráticos chocan contra la rudeza de Chazal. Separados, más tarde, se plantea para ella el problema de su estado, de su condición civil. Pasa por viuda, por soltera, necesita independizarse del pacto matrimonial y si ya ha germinado en su conciencia la necesidad de una lucha por la igualdad de los hijos, se plantea ahora la urgencia del divorcio como imprescindible institución legal. En calidad de institutriz viaja a Inglaterra y observa que la miseria y la ruina no son producto exclusivo del barrio sórdido de París sino que es generalidad sin límites ni perfiles costumbristas: realidad de un mundo mal estructurado.

El marido le arrebató el hijo varón y la niña —Alina— es entregada a los cuidados solícitos de una patrona hono-

rable cuando ella parte al Perú, animada por uno de los Goyeneche para que reivindique la parte que le corresponde en la herencia de los Tristán. En "El Mexicano", un barco que hace la travesía a América, transcurre el suceso romántico en la vida de Flora Tristán: el amor del capitán Chabrié, cuyos rasgos delicados resaltan a través de las páginas fuertes de "Peregrinaciones de una Paria". También "El Mexicano" es escenario de conversaciones sobre candentes problemas de América y del mundo. En la travesía, la visión de la esclavitud en Praya abre nuevamente los ojos de la viajera hacia la visión de la injusticia; y un tercer motivo se añade a los anteriores en la cruzada que ella va alimentando: la desaparición de la esclavitud.

En Chile topa, por primera vez, con la realidad política de los pueblos americanos. Conoce las terribles luchas intestinas, la falsedad de una democracia cimentada en bases endebles; la necesidad de caudillos o de dictadores que orienten a masas sin cultura; las insondables separaciones sociales. De cerca aprecia a uno de los tantos hombres "fuertes" de América: Portales. Allí — en Europa — lo sórdido estaba en la miseria, pero aquí se alimentaba en la "casta" impenetrable, inabordable. La ignorancia vivía a lo ancho de las ciudades y de los caminos intransitables. Y prendía en los salones donde resonaban tan sólo las espuelas. El choque de las dos culturas se produce en ella. Europa había llegado a la civilización — con el dolor columpiándose en las puertas sucias — pero América caminaba todavía a gatas y aún no se podía hablar de "esperanzas". Su decantado espíritu crítico no le bastó para comprender la diversidad de estados sociales. En un momento y casi sin saberlo se halló frente a frente a la "barbarie".

En el Perú, más reposadamente, analiza todos estos aspectos. Arequipa se le entrega en una espléndida visión,

donde cada detalle aparece nítido, claro. Ella misma vive las luchas entre “orbegocistas” y “bermudistas” —léase “gamarristas”. Trata a Nieto —de carne y hueso, no fantaseado por la tradición—; al Dean Valdivia; a San Román —arquetipo de soldado liberal y de general en trance de permanente victoria—; a Escudero, el fiel amigo de la Mariscal que despierta dormidos recuerdos de Chabrié y que le hace soñar en ser dueña y señora del Perú; a su tío Pío Tristán, oportunista, avaro; a Althaus, un militar alemán a sueldo del ejército peruano y vinculado definitivamente al Perú. En Lima conversa con Orbegoso, con La Fuente, con Salaverry, con Lavalle y escucha razones mil en defensa de una realidad que no sabe ella misma si la espanta o la mueve a risa. Por último, a bordo de la “Jeunne Henriette”, se entrevista largamente con doña Francisca Zubiaga de Gamarra. Percibe, en esta hora de confusión final, la intrepidez, la soberbia, el arrebató a flor de visión en la Mariscal. Por encima de toda tragedia, de la pérdida definitiva de la posición política y del apego del esposo que la repudia; en ese momento que se inicia el viaje hacia el olvido, se mantiene atormentada y díscola, en un solo manchón de espuma. Las simpatías de Flora Tristán están por ella. Y allí recoge muda, desolada, el ejemplo lacerante. En ese instante es que le “duele este Perú” como ha dicho Luis Alberto Sánchez. Su sueño peruano se derrumba ahora por completo. Había soñado con ser “directora” del Perú, con poder llevar a la práctica ideales políticos capaces de realizarse en tierra virgen —ideales que más tarde serían base de su prédica social —pero en ese instante le aterró el cuadro. Y se trazó el abandono definitivo del Continente.

CONFESIONES DE LA PARIA.

Volvió a Francia. Sin el amor de Chiabré. Sin la esperanza de la herencia, negada enfáticamente por don Pío, quien solo le asigna una modesta pensión. El cántaro estaba roto. El Perú de su leyenda dorada no existía. Ella sabe que ahora quiere al Perú, se siente peruana, porque ha aprendido a dolerse de él; porque no lo aprecia a través del espejismo de las calesas, de las pelucas empolvadas y de los falseados ríos de oro y plata. El Perú es para ella un país donde el dolor y la angustia están presentes, descarnados; donde se ha ido cimentando un mundo falso fabricado sobre una organización incipiente. Y escribe para los peruanos "Peregrinaciones de una Paria", que edita Arthur Bertrand en 1838, con una dedicatoria de la autora a ellos, firmando "su compatriota". Flora Tristán ha reconocido como era de criolla, de mestiza, de india, de intensamente oriunda del Perú.

Biblioteca de Letras

Jorge Puccinelli (Dover)

"Peregrinaciones de una Paria" recoge la biografía de la autora hasta 1834 y responde en particular al viaje de ella a América en 1833-34. El prólogo, que como dijimos está dedicado a los peruanos, manifiesta el por qué de su crudeza al tratar el medio social del Perú con los deseos de una superación inmediata; y por otra parte da una explicación intelectualista de sus ideales bajo la enseñanza directa de Saint Simon. Luego apreciamos en el "Prefacio" las condiciones familiares; los antecedentes ambientales; las relaciones con Chazal; el encuentro con Goyeneche y la decisión de viajar al Perú. La obra misma es el viaje. Una primera parte a bordo de "El Mexicano" con minuciosa presentación de los caracteres del Capitán Chabrié, del Teniente Briet, del oficial David, del peruano Miota; el desagradable encuentro con la esclavitud en Praya; el sugestivo paso por el Estre-

cho de Magallanes; su ingreso a la realidad americana en Chile y su crítica de segunda mano de Diego Portales. Un nuevo momento del relato transcurre en Arequipa. Costumbres de la ciudad; los conventos y los salones. Traspira realidad y sutil y permanente crítica. Resquemor en los labios, profunda pena de que sea todo aquello lo que ella soñó tan diferente. En Lima, luego, su admiración por el tipo de la mujer limeña, que ha recogido Ventura García Calderón en Colección de Cultura Peruana; su redescubrimiento de la lucha sórdida vivida entonces; su angustioso encuentro con la Mariscala, lleno de colorido y naturalidad y luego la partida con aquel final tan hermoso:

“Me quedé sola, completamente sola entre dos inmensidades: el agua y el cielo”.

Basadre ha dicho:

“El lado peor de nuestras grises revoluciones está pintado allí con crudeza no igualada. Allí se muestra el afán incontenible de lucro personal, disfrazado por retóricas declamaciones; la incapacidad para la disciplina previa; la desolada paralización de la vida urbana; la confusión de los combates; el terror del pueblo, mientras se libran y su servilismo cuando se han decidido; las recíprocas sorpresas que se dan los contendores, siempre desprevenidos, en que a veces los de la misma bandería luchan entre sí”.

Este es un cuadro realista y tal vez si desapasionado. Pero, a veces sus ataques contra la sociedad son injustos, adulterados por su fracaso personal, por rencores individuales. Eso lo había señalado ya Carolina Freire en su conferencia del “Club Literario de Lima”, la noche del 14 de julio de 1875. Verdad es que Flora Tristán resultaba demasiado revolucionaria para la sensibilidad de aquella. Basadre ha señalado los notables efectos que el estado de ánimo de Flora Tristán tenía que haber producido sobre sus impresio-

nes de una sociedad que no la trató como ella esperaba. Por otro lado su presunción europea, occidentalista, influyó también en la falsedad de algunas apreciaciones. En particular, al no reconocer que las condiciones injustas de las sociedades americanas eran una herencia de Europa y que en el fondo del caudillaje brillaba algunas veces, también, el noble afán y la intención sincera.

Fuera de ello no puede negarse el valor documental de "Peregrinaciones de una Paria" y el hondo aliento que allí vive. En su mismo artículo publicado en el Volumen I —Números 2 y 3— del Boletín Bibliográfico de Lima y bajo el rubro de "Al Margen de un Libro Olvidado", Jorge Basadre decía en 1923:

"Con la dolorosa gloria del precursor, ella trajo hasta nosotros, por primera vez, esa rebeldía proletaria que hoy inquieta a todos los que quieren llamarse hombres de su época. Han pasado ochenta años —hoy más de cien— y tiene así valor actual aún en el país que escarneció, donde también va aumentando el número de los que convierten en descontento el supremo dolor que hay en ser pobre".

En esta obra de interpretación sociológica e histórica, destaca la sinceridad. Su retrato de Pío Tristán le vale el retiro de la modesta pensión que éste le pasaba. En Arequipa se quema su efigie en una manifestación pública realizada en 1840, que se adelanta a aquella otra llevada a cabo contra Clorinda Matto.

LA ACCION REVOLUCIONARIA.

Sus artículos en defensa de las mujeres le habían dado ya por 1838 fama de libelista y su nombre comenzaba a sonar en los corrillos literarios del entonces presente romanticismo francés. En su vida privada se suceden las escaramuzas con el marido. Este le roba a la hija y ella la recupera.

Se produce un escándalo ante los tribunales. Los jueces acuerdan la separación definitiva de cuerpos. Chazal se quedaría con Ernesto y Flora con Alina.

Relaciones con los intelectuales del socialismo naciente, en especial con Fourier. Conocimiento de las enseñanzas de Owen en Inglaterra. Y comienza a luchar denodadamente. "El Artista" y otras publicaciones reproducen continuamente sus artículos. Un día —10 de setiembre de 1838— se produce la tentativa de asesinato contra ella por su marido Chazal y París la convierte en figura central. Saint Beuve escribe sobre ella. En los círculos literarios se ocupan de la criolla, de "la paria", como se ha dado en llamar a Flora. George Sand la envidia.

Aún convaleciente escribe un artículo sobre el Arte y poco después publica "Mephis", novela de un proletario que recoge, según algunos, la nueva y genial composición de Balzac; el descriptivismo de George Sand, según otros —Carolina Freire de Jaimes lo ha de sostener entre nosotros—; pero para los más, el antecedente directo estaría en Víctor Hugo con "Los Miserables". Es sin embargo diferente el espíritu cristiano que anima a Hugo, de las doctrinas sociales que ya predica Flora Tristán en "Mephis".

A través de "Peregrinaciones de una Paria", Flora Tristán descubre la primera de las notas esenciales que Sánchez le ha señalado: su campaña por la emancipación de la mujer, comprendiendo en ella la necesidad del divorcio y el respeto que se le debe siempre en cualesquiera de las condiciones civiles en que se halle. Es verdad que en esa su primera obra anuncia ya —perfila, por decirlo así— las otras notas. Pero estas se aprecian mayormente en "Paseos por Londres" y sobre todo en "Mephis". El mundo no puede salvarse sino mediante una transformación radical —afirma— y dentro de una nueva ordenación política, social y económica,

con el cuarto término de una verdadera ecuación democrática y que Flora misma bautiza con el nombre de *solidaridad*.

“Mephis” resulta ser la novela azarosa de un trabajador del siglo XIX. Predomina la sinceridad y cierto afán de exhibir la realidad, pero existe la intriga romántica y el hilo sentimental que animaba el segundo momento del romanticismo. Jean Labarre es hijo de marinero y salva del trance de ahogarse a otro niño como él, que resulta ser Lord Arthur. La madre de éste último trata de protegerlo, pero es el propio Arthur el que al cobrarle envidia consigue que Jean salga de su casa y sea enviado a Edimburgo. Enamorado de Clotilde, pariente de sus protectores, el enlace no se realiza porque llega el propio Arthur para descubrir su humilde origen y para anunciar que un hermano de Jean está en la cárcel acusado de asesinato. Labarre vuelve a Dieppe, a su medio pobre —como Flora regresa a Francia fracasada se aventura en el Perú— y allí trabaja en el taller de un tal Girodet. Pero la cultura ha dejado un sedimento especial en Jean y abandona el trabajo humilde para ser secretario de un duque. En su nueva vida hay un reencuentro con Clotilde. Jean que oscila entre dos ambientes que chocan dentro de él, decide suicidarse —como la propia Flora ante sus desengaños en Arequipa— pero no logra sus propósitos. La infelicidad lo une a Mariquita Alvarez, burlada por un músico y que resulta ganada a las ideas socialistas por acción de Jean, convertido en líder de los trabajadores. El Marqués de Marrepas, enamorado de Mariquita como Jean, acusa a éste de agitador y la policía lo detiene mientras Mariquita agoniza en Tolón, confiada en los ideales de regeneración de la humanidad que predica Jean Labarre.

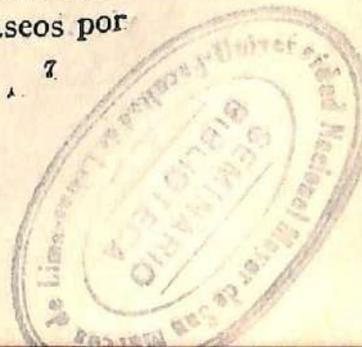
Resulta “Mephis” una novela de fé. Folletinesca, como se estilaba entonces, pero mesiánica. De la crítica de la esclavitud económica y social surge la esperanza de un mundo

nuevo. Hay mucho del romanticismo de Hugo, de los caracteres de Fouillet, pero alimentados en la aspiración socialista. A través de la obra aparecen y desaparecen las figuras de la misma Flora, del capitán Chabrié, de su esposo Chazal, de su padre Mariano Tristán y las ciudades abigarradas de Francia, por donde ella pasaría más tarde con el cabello blanco y las entrañas desgarradas, pero siempre con el mismo fuego interior, con idéntica visión de un mundo por levantarse sobre el dolor como una suprema llamarada de vida.

UN PASO MAS: SOLIDARIDAD.

El ruidoso proceso contra Chazal impresiona el ambiente de Francia. Flora Tristán se dirige a las Cámaras para pedir la abolición de la pena de muerte y su gesto, lleno de prestancia romántica pero de afirmación positiva y revolucionaria, conquista la definitiva admiración en torno de su persona. Chazal es condenado a 20 años de prisión y los hijos pasan al poder de Flora, quien consigue, además, autorización para borrar en ella y en sus descendientes el nombre de Chazal. Es la ansiada independencia, junto con la perpetuación del nombre criollo: Alina Tristán, así a secas, será la madre de Paul Gaugin, el inmortal pintor de Tahití.

Es el instante del fervor público. Publica una colección de cartas del "petit" Bolívar a su padre y luego consigue de Lamartine que escriba "La Marsellesa del Obrero". Su casa es cenáculo de literatos, pero más aún de luchadores sociales, de pensadores. En viajes a Londres consigue apreciar en esencia el problema del maquinismo y el hambre de las grandes masas populares, adentrándose —cada vez más— en sus convicciones socialistas, que están siempre impregnadas de calor sentimentalista. Su rebeldía se va purificando en el dolor pero haciéndose más y más viva. "Paseos por



Londres" es el libro que resume las conclusiones del último viaje. Saint Beuve, Víctor Hugo, la rival George Sand, celebran a Flora Tristán; pero ella busca al rebelde Lamemmais, a Blanc, a los líderes del movimiento social, al que ella da un colorido sensible, temperamental, como era su forma de reaccionar ante la realidad. Mantiene íntimo contacto con los hegelianos: Arnold Ruge, Karl Marx; pero ella no sabe de las frías concepciones de la dialéctica materialista, ella representa la acción romántica. Lucha sin apreciar exactamente la trascendencia del pensamiento marxista ajustado a una concepción materialista de la historia. Es así como, oscilando en su campo de lucha, se afilia a un movimiento perfectamente frívolo y de contornos burgueses: el "evadismo", que mantiene beligerancia en torno del problema de la igualdad de la mujer y el hombre.

En 1840 los intelectuales franceses le rinden especial ofrenda y un lindo rostro ovalado immortalizan los diarios al referirse a ella: es la misma "mujer Mesías" que llaman los obreros; la que publica "La Unión Obrera", después de vencer mil dificultades y de mendigar dinero de puerta en puerta. Y a renglón seguido, para difundir su obra, que es un programa político-social, Flora comienza su peregrinación por Francia. Está en Burdeos, en Dijon, en Lyon, en Marsella, en Tolosa, llevando a cada círculo su proclama de "La Unión Obrera". Sinsabores, persecuciones. Los que no creían en ella, se convencen de la sinceridad y de la fuerza de sus convicciones. Está muy enferma y no cuenta sino 40 años. El 26 de septiembre de 1844 sufre un derrame cerebral en Burdeos. Allí donde conociera a Chabrié. Una admiradora: Eleonora Blanc está al pie para cuidarla. Mes y medio de lucha incesante contra la muerte. Después de una crisis violenta, a las ocho y media de la noche del 14 de noviembre de 1844, expira en el mismo Burdeos, a los 41 años.

Murió en oloroso camino de rebeldía. Sobre su tumba se inscribió aquel simbólico epitafio:

“A la memoria de Flora Tristán, autora de la Unión Obrera. Los trabajadores reconocidos. Libertad, Igualdad, Fraternidad y Solidaridad”.

Este último término, que Flora había añadido al viejo lema de la Revolución Francesa antes que ningún otro innovador social, quedó columpeando como anticipo de la necesaria evolución de la democracia.

Lemmonier, el novelista belga, escribió entonces sobre la serenidad de su hermoso rostro muerto. Jules Laure, el pintor, perenniza su efigie, conmovido, como todo buen francés trabajador, ante la muerte de la luchadora. Un siglo después, Jules Peuche ha de dar la visión general de ella en “La Vida y la Obra de Flora Tristán”, editada en 1925. Emilia Romero, Ventura García Calderón y Luis Alberto Sánchez la traen nuevamente a América. Y aún su túmulo espera el epitafio peruano, con el repetirse de sus viejos cuadros llenos de brochelazos de la realidad y con el permanente sentido de su rebeldía que no está en ninguna parte y que por eso fué, precisamente, de “una mujer contra el mundo”.
